

El año que aprendí a bailar

Vuelvo a ser la niña que ganó el premio Nadal, el mejor regalo de Reyes

En los últimos días vivo en el pasado, que no de él. Incluso en sueños, en lugar de fantasear con lo que no sucedió, mi mente se ancla a lo ya ocurrido, reinterpretando, eso sí, en algún punto, el guión con giros inesperados, como es habitual, aunque sin cambiar el final, ya que para una vez que es feliz no es cuestión de arruinarlo por antojo del subconsciente. Es fácil, y lógico, quedarse allí, en una parte de tu biografía que marcará, para bien, además, el resto de tu trayectoria literaria. Por eso vuelvo una y otra vez, de manera un poco obsesiva – de lo contrario, no sería escritora –, a la semana previa a la Noche de Reyes de 2022, a todas las horas de esa jornada en Barcelona, e incluso me sorprende recordando momentos, rostros de personas anónimas, trozos de conversaciones, imágenes de lugares concretos e intrascendentes que entonces no formaron parte del relato que mi mente, aturrida y alborotada, iba improvisando sobre la marcha, como las mejores narraciones.

Eso, pese al regocijo que provo-



INÉS
MARTÍN RODRIGO

Verdiales

ca la memoria cuando es grata, conlleva un riesgo, y es la renuncia al presente, es decir, a la vida cotidiana, que no real, pues esa no existe ni en la ficción. Y yo estoy en ese peligroso punto de la balanza en el que cualquier paso, por pequeño que sea, puede desequilibrar el justo desorden que necesito para poder levantarme cada mañana después de haber dormido lo suficiente, cosa que últimamente no consigo ni con fármacos. No se



Mary Oliver.

asusten. Estoy acostumbrada. Es el estado habitual, de alarma, de los autores, o al menos de mi mitad escritora, que en el último año ha colonizado, sin vuelta atrás, a todo lo demás que soy, sea lo que sea.

Para poder seguir viviendo, habitando este mundo hostil, bárbaro y loco, nos inventamos otros. «Una vida entera y en esto se resu-

me todo: / belleza y terror». Lo dice Mary Oliver, a la que leo como si la escuchara a mi lado, recitando, susurrando cada verso. «Escribo para averiguar lo que quiero y lo que me da miedo». Por eso escribe Joan Didion. ¿Y yo? «Todo lo que no está escrito desaparece», reflexiona James Salter pocas páginas después de asegurar que «enseñar a escribir se parece a enseñar a bailar». He descubierto, en estos doce meses, que me gusta bailar, aunque no tenga ritmo y me muera de vergüenza al saberme observada. Tal vez por eso escribo, para vencer la timidez y poder bailar sin temor a ser juzgada.

También para experimentarlo de nuevo todo, para volver a vivir esas primeras veces reservadas solo a la infancia. Qué suerte leer por primera vez a Roald Dahl. Qué privilegio experimentar el miedo al oír los gritos de la Trunchbull. Qué maravilla sentirse Matilda. Ahora lo hago de la mano de mis sobrinos, Rodrigo y Carmen, de cinco y tres años. Veo el mundo a través de sus ojos, y es otro, distinto, mejor, aunque en él sigan

estando presentes la belleza y el terror a los que alude Mary Oliver. Lo que cambia es el punto de vista desde el que se vive, igual que sucede cada vez que nos sentamos a escribir una nueva novela.

Me ha costado, porque desprendarse de una historia como *Las formas del querer* (Destino), que tanto me ha dado, es difícil, pero llevo tiempo pisando ya ese territorio desconocido que en ningún momento, al menos hasta ahora, me ha resultado ajeno, ni siquiera antes de empezar a narrarlo, cuando aún no me había puesto a escribir y sin embargo ya estaba escribiendo. Es una nueva primera vez, que estará repleta de nuevas primeras veces, de comienzos ya vívidos y, sin embargo, pendientes de vivir. Para eso está la ficción.

Hoy vuelvo a ser la niña que ganó el premio Nadal, que se subió al escenario del hotel Palace de Barcelona con una sonrisa indisimulable, que recibió el galardón como si fuera lo que es, un trofeo, y se colocó detrás del atril desde el que pronunció, presa del rubor y la alegría, las palabras que había memorizado sin miedo a que se le olvidaran con la ilusión de estar recibiendo el mejor regalo de Reyes de toda su vida. Pura magia. ¡Bailemos!

Inés Martín Rodrigo es escritora y periodista, ganadora del Nadal 2022.

Este año hemos celebrado el centenario del nacimiento de Philip Larkin. Quizás sea el mejor poeta inglés de la segunda mitad del XX, con permiso de Ted Hughes, y sin duda el más querido y el más influyente. Habría sido *Poeta Laureado* en lugar de Hughes, de hecho, pero cuando se lo propusieron, en el funeral de Sir John Betjeman en la Abadía de Westminster en junio de 1984, adujo que llevaba ya mucho tiempo sin escribir un solo verso decente.

Se ganó la vida como bibliotecario en la gris ciudad de Hull y tuvo una vida sentimental desordenada y tempestuosa. Durante su juventud fue un novelista más o menos secreto que, a fin de dar rienda suelta a una crisis de la sexualidad temprana, y quizás también para divertir a sus irreverentes amigos de alcohol, poesía y jazz del St. John's College de Oxford, un grupo de estudiantes que se hacía denominar *Los Siete* (entre los que estaban Kingsley Amis, que se inspiraría en Larkin para crear al protagonista de su obra maestra, *Lucky Jim*, y que se convertiría en su mejor amigo, y el autor de novelas policiacas Edmund Crispin, que también le dedicaría a Larkin su obra más notable, *La juguetería errante*), se hizo pasar por una escritora de novelas de internado, Bru-

Larga vida a Philip Larkin

En 2022 hemos celebrado el centenario del más influyente poeta inglés de la segunda mitad del XX



ENRIQUE
REDEL

nette Coleman, con cuyo nombre firmaría dos *nouvelles* de rara procaacidad homoerótica y tono picante (*Enredo en Willow Gables* y *Trimestre de Michaelmas en St Bride*, ambas de reciente aparición en *Impedimenta*), y de la que firmó incluso una falsa autobiografía y un extraño mani-

fiesto literario. Publicó, ya bajo su propio nombre, dos novelas notables, que se siguen reeditando con bastante éxito: *Jill* (que vería la luz en The Fortune Press, una editorial consagrada en su mayor parte a la pornografía, y que también publicaba ficción sería como tapadera de sus actividades principales), y la considerada su obra maestra de la prosa, *Una chica en invierno*, editada ya por la prestigiosa Faber and Faber, de cuyo consejo editorial formaba parte el poeta T. S. Eliot.

Entre esas dos novelas, Reginald A. Catton, el editor de The Fortune Press, que estaba preparando la edición de *Jill*, le preguntaría a Larkin si también escribía poesía. El resultado fue la publicación, tres meses antes incluso que *Jill*, de *El barco del*

norte (1945), su primer poemario. Tras *Una chica en invierno* volvería a intentarlo tres veces, pero no publicaría más narrativa.

Quizás desde pequeño fuera un excéntrico. Philip Larkin fue un muchacho tartamudo, educado en una casa que nadie visitaba nunca, ni vecinos ni familiares. Su padre, un funcionario de Coventry, tenía simpatías por los nazis y su madre era una mujer apocada y nerviosa. Empezó a amar el jazz cuando, siendo adolescente, alguien le regaló un saxofón y una suscripción a la revista *Down Beat*.

Antes incluso de entrar en Oxford, escribió cinco novelas enteras, que destruyó. Ya en la universidad suspiraba por ser novelista (Kingsley Amis paradójicamente suspiraba por ser poeta). Cuando apareció *El barco del norte*, el mundo descubrió a un poeta excepcional, aunque tampoco puede decirse que fuera en absoluto prolífico: además del citado volumen inaugural, publicaría apenas *Un engaño menor* (1955), *Las bodas de Pentecostés* (1964) y el excepcional *Ventanas altas* (1974).

Fue adorado por sus contemporáneos, pero también vilipendiado. Se le consideró el mejor poeta vivo de Inglaterra (el sublime poeta de lo cotidiano, que escribió un poema a

su cortacésped muerto y retrató como pocos el despertar sexual de una generación; el irónico comentarista de la pérdida de la grandeza británica y el gran cantor de lo rutinario; el más moderno de los poetas ingleses del XX: una institución) y también, por muchos, un misógino y un reaccionario (sobre todo tras la publicación en 1992, siete años después de su muerte, de sus cartas y, un año más tarde, de su biografía, firmada por Andrew Motion).

Con motivo de la celebración de su centenario, el pasado 9 de agosto, se recuperaron no solo sus poemas, sino también sus novelas, sus piezas narrativas de juventud, chispeantes y malvadas, libérrimas y provocadoras. Quizás sea en ellas donde encontremos al escritor en ciernes que está buscando su propia voz, que está encontrando su propio estilo. Y puede que la ficticia Brunette Coleman (cuyo nombre está inspirado en la cantante de jazz Blanche Coleman, engarzando con otra de sus pasiones) planea bajo toda su obra, como símbolo provocador, políticamente incorrecto, como indicaba Andrew Motion, y a la vez evocador de la juventud perdida.

Enrique Redel es editor de *Impedimenta*, donde publica a Philip Larkin.